

Llodio, la identidad perdida

TXEMA URKIJIO

Escribir sobre algo o alguien a quien quieres resulta sumamente placentero en la mayoría de las ocasiones. Así me ocurre a mí cuando he de referirme a Llodio, el pueblo que me vio nacer y donde habitualmente transcurre mi vida.

Sin embargo, tal sentimiento de agrado se torna en tristeza e inquietud cuando las circunstancias bajo las que se trae a colación el tema no invitan al optimismo precisamente. No hablaré de la situación socioeconómica, cuestión muy manida ya y respecto a la cual Llodio no presenta especiales diferencias en relación a otros pueblos y comarcas azotadas por el declive industrial. Mi preocupación nace de reflexiones en torno a acontecimientos de la vida cotidiana de nuestro pueblo.

Así, por ejemplo, cuando aún no se han disipado los últimos humos de las pasadas fiestas patronales, debo reconocer que mi diagnóstico sobre su situación es rotundo: simplemente requieren su ingreso inmediato en la UVI. Cualquier opinión discrepante, si bien lícita, sin duda responderá a apreciaciones interesadas o bien a un lastimoso e inaceptable grado de conformismo.

No pretendo en absoluto llevar a cabo un pormenorizado análisis de las fiestas de Llodio. Me limito a apuntar que su declive obedece, en mi opinión, tanto a la torpe actuación en esta materia de nuestros mandatarios municipales, como a la escasa ca-

pacidad de las peñas y gente joven en general para articular una respuesta rebelde, imaginativa y atrayente para todo el pueblo.

Con todo, existe otra causa más preocupante y desde luego más reveladora de la naturaleza del problema: los vecinos de Llodio no *sienten* sus fiestas; sobre todo, no las sienten como propias. A excepción del reducido grupo social que sí vive las tradiciones festivas con intensidad y regocijo, el resto es desidia y apatía hacia las diversas celebraciones.

Apenas cuesta esfuerzo, por lo evidente, comprobar la progresiva pérdida de personalidad de Llodio

Ahora bien, lo dicho no pasaría de ser una aportación más al debate generado en Llodio en torno a sus fiestas si no fuera porque tal constatación resulta válida y aplicable a cualquier otra seña de identidad del pueblo.

Apenas cuesta esfuerzo, por lo evidente, comprobar la progresiva pérdida de personalidad de Llodio a lo largo especialmente de los últimos años. En lo urbanístico-pai-

sajístico hay que mirar a la torre de la iglesia de San Pedro de Lamuza o subir a Santa Lucía para reconocer el Llodio de nuestros abuelos (bien es verdad que durante los últimos años nos empeñamos en consolidar como símbolo de identidad arquitectónica local la ruina de algún céntrico edificio presa del fuego). Nadie *sintió* como propio el Llodio que desapareció con los nuevos proyectos urbanísticos.

En lo deportivo, nuestros clubes y equipos sobreviven a duras penas entre la indiferencia del vecindario, pese a los méritos conseguidos, porque tampoco los siente como suyos. ¡Qué lejos aquel Villosa que arrastraba a Alzarrate a cualquier llodiano, incluso a los pocos amantes del balompié!

En otro tipo de manifestaciones culturales, tan sólo loables esfuerzos de un puñado de animosos llodianos que procuran mantener viva la llama tanto de nuestra pequeña historia como de nuestra historia pequeña, con empeño digno de mejores causas.

A todo ello cabe añadir una especial ubicación geográfica que nos priva del vizcaíno sin llegar a abrazar del todo el legítimo sentimiento alavés. Vamos, que *ni chicha ni limoná*; extraños en todas partes.

Por carecer, carecemos hasta de símbolo o calificativo propio de tono peyorativo que permita a los demás zaherir nuestros sentimientos (cuando menos, a los de Vitoria los despachan llamándoles *patateros*, lo cual no deja de ser un elemento de identidad)

Si mantener y recuperar las tradiciones y todos aquellos aspectos que configuran la identidad y personalidad de un pueblo es algo loable y digno de cualquier colectividad humana que se precie, creo que tal esfuerzo debe extenderse a todos los niveles. La sociedad vasca en general vive ese proceso (con la cuestión del idiona como máxima expresión) y se enfrenta a obstáculos similares a los que Llodio tiene en particular, de entre los cuales no es el menos importante la integración del numerosísimo contingente de población inmigrante, siempre desde el más exquisito de los respetos hacia otras culturas.

Esta tarea, verdadera asignatura pendiente en Llodio, es responsabilidad compartida de todos cuantos amamos nuestro pueblo y sentimos su particularidad y su personalidad, huyendo de autocomplacencias y egocentrismos reduccionistas. Los poderes públicos no pueden ser ajenos tampoco a la consecución del objetivo marcado, utilizando cuantos resortes estén a su alcance. Se requiere, en definitiva, la colaboración y el esfuerzo de todos para salvar lo que aún no se ha perdido. Sólo de esta manera podremos llegar a experimentar auténtica satisfacción al sentirnos partícipes de una colectividad humana con su personalidad propia, única y exclusiva, la nuestra, la de nuestros padres y ojalá la de nuestros hijos.

Txema Urkijo es abogado.